

en la mano la cabeza, la mirada abstraída, fija, como vuelta á su pensamiento.

El puntear del laud continuaba.

De improviso cesó, sonó un gemido sonoro, como si el laud hubiese sido roto, y á seguida estridente crujir de espadas.

La reina se levantó, se volvió hácia donde sonaba el ruido, vió el ajimez abierto, y se volvió á él.

Adelantó y le cerró.

El ruido de las armas, en vez de amenguar, habia crecido.

—¿Será esta una nueva traicion? exclamó la reina: el combate cunde; pero se aleja, se aleja, se pierde entre el silencio.

La reina permaneció algun tiempo escuchando.

—Nada, nada, dijo; ya es todo silencio y calma; alguno de mis leales servidores que ha acometido á ese insolente infante de Aragon que me tiene tan en poco, que cree que puede enamorarme con músicas y galanteos. ¡Oh, Dios mio, Dios mio, qué martirio tan continuado y tan sin esperanza de remedio! ¡y Guzman! ¡Guzman que no viene!..... ¡Ah! es verdad; está allá en el Andalucía con la vista fija en Tarifa para que no la venda al rey moro mi buen tio don Enrique: ¡y cuánto tarda ese conde don Lope, cuánto!

Como si las últimas palabras de la reina hubieran sido una invocacion mágica, en la puerta que conducia á la cámara de Honor apareció un monje negro que adelantó lentamente, llegó hasta la reina, hincó una rodilla, la besó la mano, se alzó, echó atrás su capucha, y dejó ver la cabeza calva y el semblante grave, sombrío, del conde don Lope Diaz de Haro.

### CAPITULO III.

EN QUE SE DA UNA LIGERA IDEA DE LO QUE ERA LA GENTE NON  
SANCTA DE ENTONCES

#### I.

El paje habia salido rápidamente de las habitaciones de la reina á la galería principal del gran patio de Honor, habia recorrido la galería hasta un ángulo opuesto, y en el departamento de los pajes de la reina se habia metido en su aposento y habia dicho á un viejo escudero que en él estaba:

—Pronto, Nuño, cíñeme el jaco dorado que dió á mi padre el rey de Granada; dame la espada Tajadora, una adarga y un manto: busca á Diego, á Llorente, á Mendo, y tú con ellos, y armados todos, venid al momento.

Nuño descolgó de una panoplia una especie de coracina aovada, forrada de brocado de oro labrado con bellos arabescos, que era lo que habia llamado jaco Alvaro, la puso sobre el pecho y la espalda del jóven, la enhebilló, ciñó á su amo una espada ancha y corta, le dió una adarga de cuero redoblado, á manera de



broquel, le puso en la cabeza un capacete árabe de acero el interior, y el exterior brocado con amatistas, granates y esmeraldas, le echó sobre los hombros un manto rojo á manera de dalmática ó clámide, y salió.

Poco despues volvió con tres hombretones armados hasta los dientes.

—Conmigo, dijo Alvaro á sus servidores.

Y salió.

## II.

Era temprano, aún la campana del Alcázar no habia dado la señal del toque de queda ó cubre fuego; por lo mismo no se habia alzado aún el puente levadizo, ni se habia cerrado la puerta de Nuestra Señora, inmediata al Alcázar.

El jóven, con sus cuatro escuderos, tomó por el barrio de Reoyo y por la calle de Garcimontes, hasta salir por la puerta de Nuestra Señora, fuera de la ciudad, y luego por la puertecilla de San Llorente, pasó al otro lado del Esgueva, siguió hácia el Alcázar, y llegó al fin á la barbacana del puente del Postigo, en la cual continuaba punteando el músico nocturno.

Alvaro, al estar á poca distancia de este, tiró de la espada y se lanzó sobre él exclamando:

—Yo os escarmentaré, hermano ruiseñor, para que no volvais á ofender con vuestros necios gorjeos á las damas del Alcázar.

Y soltó un tan formidable tajo al músico, que este no encontró otro medio que repararse con el laud, que del furioso golpe vino al suelo.

Inmediatamente, el músico, que indudablemente no era manco ni corto de resuello, tiró de la espada, y gritó acometiendo á su vez al que le habia acometido:

—¡Oh, los míos! ¡á mí, que vienen muchos!

Y de las inmediatas callejas del arrabal de los Molinos, que

se estendia hácia el Pisuerga, salieron algunos hombres armados, que emprendieron á cuchilladas con las gentes de Alvaro, que no se hicieron atrás; antes bien, se trabaron de tal manera con los del músico, que produjeron aquel áspero estridor que hizo temer por un momento á la reina que una nueva rebeldía hubiese brotado al pié mismo de los muros de su Alcázar.

## III.

Fuertes, bravos y diestros los combatientes de la una parte y los de la otra, bien armados y apercebidos todos, sin llevarse ventaja y arremolinados, hubieron de meterse por la calleja mas inmediata del arrabal de los Molinos.

## IV.

Este arrabal le componian dos calles largas y tortuosas con dos aceras de casas.

La una de estas calles se llamaba de la Santa Cruz, por una magnífica de piedra bizantina que se alzaba en una especie de plazuela que existia en la parte media de la calle.

Por encima de las casas raquíticas de esta plazuela, se alzaba una gran masa de piedra con botareles y pirámides crestadas y una bellísima torre: era este el monasterio de padres descalzos de San Agustin.

La otra calle se llamaba de Mari-Ponce, por una molinera buena moza y muy rica que la habia construido, tomando á censo el terreno de los padres agustinos.

A los costados de estas calles y al extremo de ellas, habia hermosas huertas regadas con las aguas del Esgueva y del Pisuerga, y en la márgen de este último rio, desde el puente Ma-



por hasta medio kilómetro de distancia, se veía una sucesión de molinos que daban nombre al arrabal.

La vegetación era fresca, pomposa y lozana, como acontece en las riberas: el agua es la sangre del árbol: podía decirse que el arrabal de los Molinos estaba entre jardines naturales.

Toda la parte que hoy ocupan el Espolon y el paseo de Las Moreras era fructífera, frondosa, encantadora; mayo había vestido de verdor la tierra y los árboles.

Los estudiantes, los aventureros, los entretenidos, la gente alegre, se salían á bandadas por la puerta del Puente ó por la de Nuestra Señora, para ir á solazarse en las huertas del arrabal de los Molinos, y acontecía muchas veces que entretenidos en sus devaneos, sentados en las largas mesas de los figones apurando la orgía, se les pasaba el tiempo, sobrevenia el toque de cubre fuego, se cerraban las puertas, y toda aquella turba maleante de ambos sexos se quedaba fuera, lo que venía muy bien á los dueños de los merenderos de las huertas, de los molinos y de los figones del arrabal, porque continuando la broma continuaba el gasto.

Se contravenía á las ordenanzas que determinaban que á cierta hora todo el mundo estuviese recogido en su casa; pero los merinos se guardaban muy bien de hacer cumplir las ordenanzas en el arrabal, porque acometido por la justicia uno de los contraventores, todos los demás hacían causa común con él, y como todos eran gente brava, ellos y ellas, alcaldes y alguaciles salían muy mal parados, por lo que habían dejado en libre franquicia al arrabal, haciendo, como suele decirse, la vista gorda, para dejar bien puesto el principio de autoridad, no comprometiéndolo.

Siempre ha sido así el pueblo español; bueno, sensato, pero resistente á toda presión, que ha sufrido siempre muy mal y que no ha podido durar mucho tiempo: este es el país clásico del *se guarda y no se cumple*, el país conservador de sus tradiciones y de sus libres fueros y costumbres, el gran país que dentro de sí se agita en largas luchas civiles, en largas contiendas de partido, pero que á la invasión del extranjero se levanta á combatir como

un solo hombre de honor, valiéndonos de la espresiva frase del prisionero de Santa Elena.

## V.

Por las razones antedichas, en cuanto en las sinuosidades de la calle de Mari-Ponce resonaron las cuchilladas, se aumentó rápida y progresivamente el número de los acuchilladores.

En la calle de Mari-Ponce había cuatro ó cinco figones atestados de gente brava, que se quedaron vacíos en cuanto penetró en ellos el primer retintín de las espadas.

Lo primero que se les ocurrió á estudiantes, hampones, rufianes y gente alegre, fué que algunos de sus semejantes habían sido acometidos por el merino del arrabal, y esto era más de lo que podía tolerarse.

¿Quién metía al merino en honduras? ¿Ni cómo se atrevía á medirse con gente de espada?

Pero cuando acudieron y vieron de cerca que había en el juego broqueles y armas defensivas y que no se oían las voces, aquí de Dios y del rey, favor á la justicia, cayeron en la cuenta de que se habían equivocado, y un bachillerote de derecho civil gritó con voz estentórea:

—¡Alto ahí, infanzones de la Hampa, y los que no lo son! ¡cuerpo de Judas! que equivocados estamos, y no hay aquí merino ni cosa que lo valga: ténganse todos, digo, que aquí hay gente de letras y de puños, que por derecho ó por espada pueden dirimir la contienda.

Fuése que á causa de la oscuridad de la noche lidiasen, revueltos, de mala gana los combatientes, ignorando si se herían á sí propios ó al enemigo; fuése que la prepotente voz del bachiller hubiese ejercido sobre ellos cierta influencia, el caso fué que cesaron las cuchilladas y se bajaron las espadas, si bien no se envainaron.

Los del cantor y los de Alvaro no podían evadirse, porque



habian acudido de una parte y de otra de la calle tanto estudiante, tanto soldado de aventuras y tanto tuno, que estaban, por decirlo así, presos.

—¡Aquí, luces, aquí! ¡que vengan aquí todos los candiles, todas las candelillas y todas las luces del barrio! exclamó el bachiller: *fiat lux videamus*.

Y como por ensalmo, aparecieron candiles y faroles que reflejaron de improviso en las galas del músico y en el luciente capacete y en la brillante coracina del paje Alvaro.

Los arneses de los escuderos de entrambos lanzaban un brillo sombrío.

—¡Ah! cuestion de caballeros, dijo el bachiller, que era agigantado y con una marcadísima espresion de pillo redoblado: dama anda de por medio, y no de chapin liso, sino de alto coturno, que por menos no se combatirian estos señores.

## VI.

—¿Quién sois? dijo con altanería el músico al paje.

—Yo me llamo Alvaro de Estúñiga, contestó este último, sobrino por parte de mi madre del conde de Benavente y paje de la reina mi señora: ¿y vos quién sois?

—¡Yo!..... exclamó el músico y se detuvo; yo soy quien soy.

—Pues mirad no os saque yo el nombre á estocadas, contestó Alvaro.

—Ténganse, exclamó el bachillerote metiendo una descomunal espada que tenia en la mano entre Alvaro y el músico; ténganse, que aquí somos mas que vosotros, y puesto que la aventura ha venido rodada y que cada cual se fastidiaba por no saber qué hacerse, entretengámonos con lo que sobreviene: ¡sus todo el mundo! A casa de la Marilinda, que allí hay una cámara grande donde cabe un ejército, y jarro en mano, aclararemos lo que esto es, y daremos la razon á quien la tenga: conmigo, se-

ñores del Hampa; que no se nos vaya ninguno de estos hidalgos.

Y sin que pudieran valerse Estúñiga ni el músico, ni los suyos, envueltos por aquella tromba de locos que pasaban de ciento, fueron arrastrados y metidos por el portalon de una casa poco distante, á cuya puerta se puso por orden del bachiller, que á lo que se veia tenia una gran influencia sobre aquella gente, una guardia con el encargo de que dejasen entrar á todo el que llegase, y que no se dejase salir á nadie.

## VII.

Al olor de aquella aventura acudió toda la gente que en el arrabal se divertia, y que era mucha.

El número de las ellas sobrepujaba con mucho al de los ellos, porque cada una de aquellas damiselas llevaba adjunta su vieja con el especioso pretesto de tia ó de madre, porque ni madres ni tias eran, aunque lo fuesen las que á tales lugares llevaban á sus hijas ó á sus sobrinas.

La concurrencia nocturna del arrabal de los Molinos, en aquellos tiempos, se parecia mucho á lo que hoy se admira en el centro de la córte, en el café Imperial.

Con el hierro que llevaban, como llevan ahora, los concurrentes, habia lo bastante para blindar una fragata de á 75, é inútil era buscar entre todas aquellas gentes un hombre medianamente tonto; chispeaban todos los ojos, sonreian picarescamente todas las bocas, la desvergüenza brotaba de todas partes, y se sentia la necesidad de una red que copase á todos aquellos peces y los sacase del círculo social que contaminaban.

Pero eso sí; ellos y ellas eran todos gente brava y sin pena, espuma infecta, irremediable en todas las córtes, córte de los milagros, donde se espanta el que entra sin conocerla y se encomienda á Dios para salir de ella ileso.



VIII.

Y allí también se reflejaba la guerra civil que affigia á Castilla; allí se representaban todos los partidos; habia allí hombres que habian servido como pasto de matanza, ya á los unos, ya á los otros, dispuestos siempre á servir al que mejor les pagase y á esponer el pellejo, no por el señor, no por la causa, sino por el precio.

## IX.

El músico estaba inquieto, terrible, se veia á merced de toda aquella gente capaz de cualquier enormidad.

No estaba menos inquieto Alvaro de Estúñiga.

Aquellos malditos, aquellos estudiantes de la Hampa, aquellos buscavidas, aquellos soldados, le habian impedido cobrarse á estocadas del músico la audacia de este, de venir á dar música bajo los miradores de la cámara de la reina.

Alvaro temblaba de coraje y estaba pálido como un difunto.

—No sé con qué derecho, dijo, se nos ha traído aquí, arrastrándonos, envolviéndonos.

—Os habeis metido en nuestra jurisdicción, dijo el bachiller, y tenemos derecho de preguntar por qué nos habeis alborotado haciéndonos creer que sucedia alguna cosa grave. ¿No es verdad, compadres, que el que se entra así sin mas ni mas en el arrabal de los Molinos y le alborota, tiene que pagarla?

—Sí, sí, que la paguen, que la paguen, gritaron en coro y de una manera discordante todas aquellas bocas.

El músico sacó de su escarcela un repleto bolsillo y le entregó al bachiller.

Alvaro de Estúñiga no sacó nada, pero miraba sombríamente al bachiller y á sus compañeros con una espresion de reto.

—Pagados estais ya, dijo el músico; dejadnos ir.

—Cincuenta florines de oro del cuño de Aragon, dijo el bachiller con gran calma: aquí vino, aquí cecina, aquí de todo lo que haya, *gaudeamus me fecit*, bebamos, comamos, bailemos, aniquilémonos gozando; ¡viva la Hampa! ¡viva el amor! cincuenta florines de oro del cuño de Aragon, con lo que hay para divertirse hasta que suene la trompeta; vamos, vivo, Marilinda, haz que anden listos tus domésticos; en cada mano un jarro, en cada otra mano un tasajo; hablen todos, chillen todos, canten todos, haga cada cual lo que quiera, este es el gran dia, aunque es de noche; porque en fin, y no digo mas sino que envainen sus espadas los que las tienen desnudas y vayan querellas al aire, que tiempo hay de matarse despues de divertirse, que nunca muere mejor un hombre que cuando al darle una estocada le sale del cuerpo mas vino que sangre.

## X.

Se armó un griterío y una zalagarda infernal: aquello era la orgía en todo su esplendor.

En vano Alvaro de Estúñiga y el músico querian evadirse.

Como los dos eran buenos mozos, jóvenes y con un grande aspecto de ricos y principales, estaban cercados, no por un enjambre de hombres, sino por un enjambre de mujeres; todas les ofrecian sus jarros, todas les miraban de una manera provocativa, todas les sonreian; hubo un momento en que sintieron una especie de vértigo y se creyeron en poder del diablo.

Aquello zumbada, rechinaba, retronaba, rugia; lo peor de la sociedad de entonces les rodeaba; no habia escape, habia que sufrir todo aquello, estaba próximo el momento en que recargadas las cabezas por el vino, sobreviniesen los insultos.



Alvaro de Estuñiga no sacó nada, pero miró somnolientemente al bachiller y á sus compañeros con una expresión de reto.

## XI.

De improviso se oyó un gran tumulto en la puerta.

La guardia que el bachiller había puesto dió una oleada hácia adentro, y por el portalón de la casa arremetió un caballero armado.

Del otro lado de la puerta se vieron algunos ginetes.

El caballero llevaba casco de media bellota, capellina de mallas, una sobrevesta de paño negro, y bordada en seda, sobre ella, un águila rampante roja.

Montaba un corcel blanco con paramentos de mallas, embrazaba una fuerte adarga y mostraba terciada una robusta lanza.

Sobre el rostro llevaba un antifaz de seda.

Era, en una palabra, el caballero del Águila Roja, esto es, Zayda Fatima.

¿Cómo estaba allí? Vamos á explicarlo en el siguiente capítulo.

—Aquí es, dijo el conde; cavó con uno porque está pro-

fuído.

Se cayó bravamente, y al cabo de media hora que de los

Se sacaron fuera del lavadero de las cosas porque eran

## CAPITULO IV.

uno con su masa de armas.

Aquellos cortes estaban llenos de bolsas de cuero que con-

tenían cada una mil doblas de oro alonjinas de las vigas, cuyo

valor venia á ser en cada una el de sesenta reales de nuestra

moneda.

EN QUE SE ESPLICA LO QUE SE HA PROMETIDO EN EL ANTERIOR.

Contadas las bolsas, se halló que en cada una había ciento

cinquenta es decir, trescientas mil doblas alonjinas, lo cual

montaba á unos diez y ocho millones de nuestra moneda.

Esto era un tesoro que el conde había acumulado para en el

caso de una conjuración ó de un suceso que le diese ostensible-

mente poder, lo que demostraba que el buen conde don Lope

nos vemos obligados á retroceder al momento en que el

conde don Diego Lope Diaz de Haro y Zayda Fatima con sus

aventureros, salieron de la Selva del Abrojo para ir á buscar los

escondidos tesoros del conde.

En cinco dias, en buenas jornadas llegaron al fin una noche

á un lugar agreste á las orillas del Duero, á una profunda gruta

cuya entrada estaba completamente cubierta por la maleza.

Rompieron los aventureros con sus hachas esta maleza, pe-

netraron el conde, Zayda Fatima y algunos de los suyos con

antorchas de tea que llevaban prevenidas, y allá en un escondrijo

de la gruta el conde dijo:

—Levantad aquí la tierra.

Cavaron un poco dos hombres con útiles que tambien á pre-

venicion llevaban, y á poco se descubrieron cinco piedras blan-

cas que formaban una cruz.